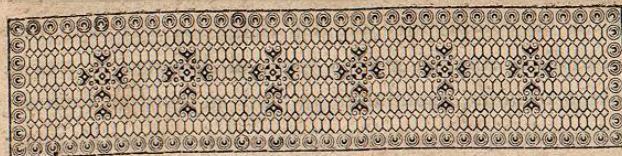
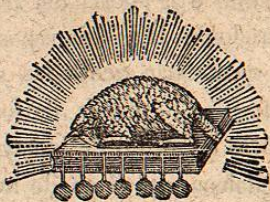


duermen sobre el seno de sus madres: cada uno conserva en su sueño la postura en que se durmió, lo que forma uno de los espectáculos mas extravagantes. Todos los religiosos descansan en su convento del Santo Sepulcro, excepto los dos que están prosternados al pié de la divina Eucaristía en el sepulcro. He aquí la primera vez que me encuentro en la iglesia de la Resurreccion sin oír ruido: en las horas de la noche es cuando únicamente la oracion puede esperar no ser turbada al pié del divino Sepulcro. Paseando mis pasos por el templo, en medio de las tinieblas atravesadas aquí—allí por los débiles y trémulos resplandores de algunas lámparas, solo y abandonado á religiosas meditaciones, á veces me detengo, prestando el oído á voces desconocidas que parecen hablarme; mis rodillas se doblan como si el espíritu de Dios soplase sobre mí, y parado en la sombra entre el Gólgota y el Santo Sepulcro, siento alguna cosa que se asemeja al terror.



CAPÍTULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

SEMANA SANTA EN JERUSALEN.

VIERNES SANTO.

SABADO SANTO Y DIA DE PASCUA.

A las tres de la mañana todos estaban ya despiertos: los hombres tomaban su turbante y su cinturón, las mugeres su velo, ó su feredgé: cada familia, colocada alrededor de un brasero de barro encendido, se calentaba mientras amanecía.

A las cuatro de la mañana se cerraron las dos puertas de la capilla latina de la Virgen. Todas las lámparas todas las antorchas estaban apagadas en la capilla. Oí salmodiar el *Miserere* con voces lamentables: golpes repetidos se mezclaban al canto del salmo penitente: no

tardé en comprender que los religiosos se daban una disciplina: rezaron cuatro veces el *Miserere* y tres el *De profundis*, azotándose ya con su cordón nudoso, ya con disciplinas, ya con varas. Así es como los guardianes del Santo Sepulcro comenzaron el día del Viernes Santo. Nuestros religiosos comen hoy por único alimento una lechuga sin condimento y un pan de bizcocho de huevo.

A las once uno de los genzaros del convento de San Salvador vino á avisarme que una muger, llegada de Francia, estaba á la puerta de la iglesia del Santo Sepulcro, y solicitaba hablarme. Corrí á la puerta, estaba cerrada, y mirando por una de las ventanillas practicadas en ella, reconocí en el traje frances á la muger que me esperaba: al verme se deshizo en lágrimas. Es una muger de cerca de treinta y cinco años, con vestidos muy sencillos y un velo blanco que medio cubria su cabeza: ojos encarnados y un rostro fuertemente coloreado anunciaban que acababa de atravesar los caminos abrasados del desierto. En efecto, la pobre muger, siempre llorando, me dijo que habiendo partido del Cairo, ocho dias ha, llegó á Jerusalem en un camello: entrando despues en los pormenores de su peregrinacion, me dijo que era de Leon y que dejó la Francia hace tres años. Despues de viajar á Roma sola y á pié, encontró en la capital del mundo cristiano un frances caritativo que la llevó á Alejandria: este frances, que queria ir tambien á la Tierra Santa, le habia propuesto conducirla hasta Jerusalem, y esta cara-

vana piadosa llegó esta mañana. No deja esto de parecerse á nuestras peregrinaciones del siglo IX ó X.

La pobre peregrina, juntando las manos con una expresion de piedad ardiente, difícil de describir, me conjuraba para que le hiciese abrir la puerta de la iglesia del Santo Sepulcro para que pudiese adorar esta tumba, por la que suspiraba, segun decia, hacia quince años. La puerta no debia abrirse hasta las dos de la tarde: la invité á que volviese al convento de San Salvador para descansar allí, prometiéndole enseñarle y explicarle yo mismo todo lo que hay venerable en la iglesia del Santo Sepulcro, en la ciudad y en los alrededores. La pobre muger se fué, derramando siempre lágrimas.

Media hora despues estuve de nuevo en la puerta del templo, y vi por la ventanilla á un jóven frances que ha hecho el viage del Cairo á Jerusalem con los dos peregrinos de que se acaba de hablar. Este jóven que ha estado largo tiempo al servicio de M. Mimaut cónsul de Francia, me ha entregado una carta de mi madre.

A las dos de la tarde cuando se abrió la puerta del templo, fui á buscar al convento latino á la piadosa peregrina, y la acompañé á todas las estaciones de la iglesia del Santo Sepulcro; en cada lugar sagrado que le mostraba yo se prosternaba y lloraba: este fervor, este entusiasmo religioso me dieron una idea de la devocion de los peregrinos de la edad media. Los musulmanes y los cristianos árabes, contemplaban á la pobre muger con el respeto mas profundo.

A las tres cantaron los latinos el Oficio de tinieblas: estas lúgubres y santas armonías que en los dos días anteriores resonaron con tanto encanto á mi oído, se perdían hoy entre las olas del pueblo en medio de un ruido inmenso; mas de cuatro mil peregrinos de todas las naciones se habían precipitado á la iglesia del Santo Sepulcro para asistir á la última ceremonia del Viernes Santo; ni el mas pequeño espacio, ni un rincón, ni un pilar, ni una reja que no estuviese ocupada. Así la confusión era estrema. La ceremonia comenzó á las siete de la noche: voy á describirla por menor, iba yo al lado del celebrante y pude observarlo todo.

El padre vicario celebrante y los que le oficiaban, seguidos de todos los religiosos del convento de San Salvador, se reunieron en la capilla de la Virgen, cuyas puertas fueron cerradas: se habían apagado todas las luces de la capilla, y en medio de la oscuridad mas profunda, un sacerdote jóven de Italia predicó un sermón sobre los padecimientos y muerte del Salvador: este discurso no fué mas que un compendio rápido de la pasión de Cristo, acompañado de reflexiones piadosas. ¿Y qué necesidad había de retórica con estos pobres religiosos, á quienes la simple relacion de los dolores del Hijo del hombre hacia deshacerse en lágrimas? Despues de este discurso se abrieron las puertas de la capilla, y oímos el vasto ruido de la multitud, semejante al mugido de la mar. Nuestros cenobitas, con un gran Crucifijo al frente, se colocaron de dos en dos con una vela en la mano, y nos pu-

simos en marcha por la iglesia, al traves de una multitud que se estrechaba y se movía, hombres, mugeres, niños y ancianos de todas las naciones de Oriente. Comenzó el *Miserere* en un tono de los mas lúgubres que pueden oirse: los jóvenes árabes educados en el convento de San Salvador, que iban los primeros con la cruz, cantaban por su lado el *Stabat Mater* con mucha gracia y armonía. La procesion no podía dar un paso sin gran trabajo, tanto la multitud nos apretaba por todas partes. Cuando llegamos cerca del altar de la *division de los vestidos*, nos detuvimos: un religioso español, revestido con una estola negra y sin sobrepelliz, pronunció un discurso en la lengua de su país sobre la triste solemnidad del día. Todos estábamos en pié durante el discurso: solo el celebrante estaba sentado en una silla de terciopelo negro bordada de oro: dos de los principales católicos de Jerusalem llevaban este asiento tras del celebrante durante la procesion. No he visto cosa mas hermosa que los ornamentos de terciopelo negro bordados de oro que sirvieron para la ceremonia de hoy: fueron enviados por la España en 1819: las armas de Castilla brillan en hilo de oro sobre estas vestiduras sagradas. Concluido el sermón español, nos pusimos en marcha hasta el altar del *Improperio*, bajo el cual se ve un resto de columna de piedra, que sirvió de asiento al Salvador, cuando durante la noche de su pasión fué har-to de oprobio. Aquí tuvimos segundo discurso en español. Despues nos adelantamos hácia el Calvario, en